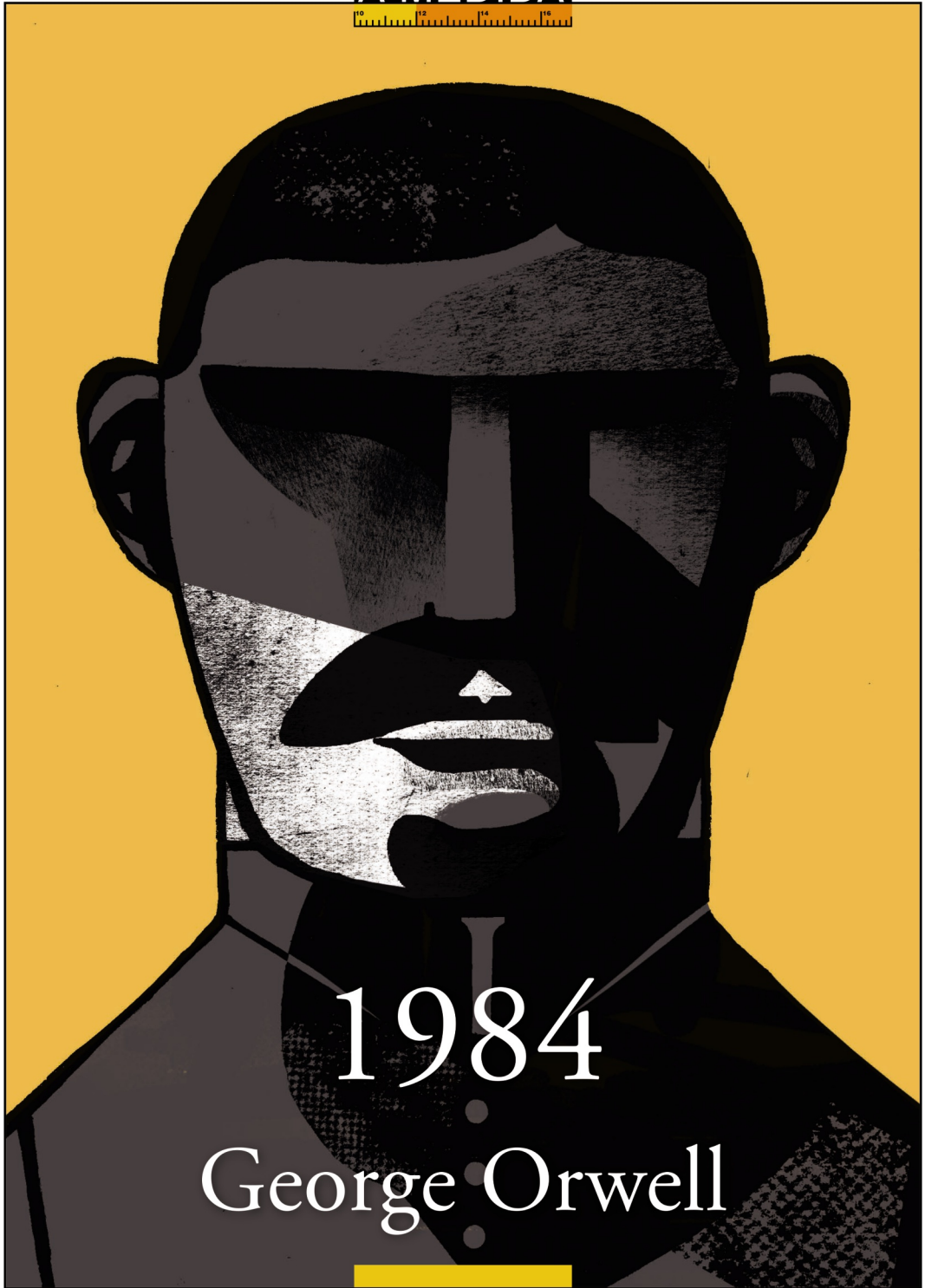


CLÁSICOS
A MEDIDA

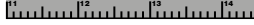


1984

George Orwell

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA



1984

George Orwell

Adaptación de Vicente y Laura Muñoz Puelles
Ilustraciones de Javier Olivares

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de 1984, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Vicente y Laura Muñoz Puelles, 2025

© De la ilustración: Javier Oivares, 2025

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Director editorial: Pablo Cruz

Edición: Rocío Alarcos

Asistente editorial: Mercedes González Grande

Primera edición, febrero 2025



ISBN: 978-84-143-4257-2

Depósito legal: M-25631-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción	5
--------------------	---

Parte 1

Capítulo I	25
Capítulo II	37
Capítulo III	43
Capítulo IV	49
Capítulo V	55
Capítulo VI	61
Capítulo VII	67
Capítulo VIII	71

Parte 2

Capítulo I	79
Capítulo II	85
Capítulo III	89
Capítulo IV	93
Capítulo V	99
Capítulo VI	103
Capítulo VII	107
Capítulo VIII	111

Capítulo IX	117
Capítulo X	121

Parte 3

Capítulo I	129
Capítulo II	137
Capítulo III	149
Capítulo IV	155
Capítulo V	161
Capítulo VI	165
Apéndice	171



1984

PARTE 1

Capítulo I



Era un día luminoso y frío de abril, y los relojes marcaban las trece. Winston Smith se deslizó con rapidez por entre las puertas de cristal de las Mansiones Victoria, y una ráfaga de viento polvoriento se coló con él.

El vestíbulo olía a col hervida y a esteras viejas. Al fondo, un cartel colorido estaba clavado con chinchetas en la pared. Representaba un enorme rostro de más de un metro de anchura: la cara de un hombre de unos cuarenta y cinco años, con un gran bigote negro y facciones endurecidas¹.

Winston se dirigió hacia las escaleras. Intentar subir en el ascensor era inútil. Rara vez funcionaba y durante el día solían cortar la corriente eléctrica. Era parte de las restricciones con las que se preparaba la Semana del Odio.

¹ Personaje inspirado en Iósif Stalin, político, militar, revolucionario y dictador soviético de origen georgiano. Ver introducción.

El apartamento estaba en el séptimo piso. Winston, que tenía treinta y nueve años y una úlcera varicosa² en el tobillo, subió despacio, descansando a ratos. En cada rellano, ante la puerta del ascensor, el cartelón del enorme rostro miraba desde la pared. Era uno de esos retratos pensados para que la mirada de la persona representada te siga a todas partes. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, estaba escrito al pie.

Dentro del piso, una voz leía unas cifras relacionadas con la producción de lingotes de hierro. La voz procedía de una placa oblonga³ de metal, una especie de espejo empañado o telepantalla, que formaba parte de la pared situada a la derecha. Winston hizo girar un interruptor para bajar el volumen, pero las palabras siguieron escuchándose con claridad.

No era solo un televisor, sino también una cámara y un micrófono. Cuando Winston se colocaba ante la telepantalla, podía ser visto y escuchado por la Policía del Pensamiento. No había modo de saber cuándo era vigilado. Tenía que asumir que cada uno de los sonidos que emitía podía ser oído y que cada uno de sus movimientos podía ser observado, salvo en la oscuridad.

Winston fue hacia la ventana. Era una figura pequeña y frágil, vestida con el mono azul que era el uniforme del Partido. Tenía el cabello muy rubio y la piel áspera y descuidada, por el uso de jabones baratos y cuchillas de afeitar gastadas por el uso.

Fuera, incluso a través de las ventanas cerradas, el mundo parecía frío e inhóspito. Las calles estaban sucias y sin color, salvo por los enormes carteles pegados por todas partes. El rostro del bigote negro acechaba desde cada esquina. Había uno de esos

² Lesiones con pérdida de sustancia cutánea, producidas por alteraciones en la circulación venosa o arterial, que afectan a las extremidades inferiores.

³ *Oblonga*: que es más larga que ancha.

cartelones en el edificio de enfrente. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, decían las grandes letras, mientras los ojos oscuros le miraban fijamente.

Winston daba la espalda a la telepantalla. Se sentía a salvo, aunque bien sabía que hasta una espalda puede ser reveladora.

«Esto es Londres», pensó con disgusto. «Londres, ciudad principal de una región llamada Franja Aérea 1, que a su vez es la tercera de las provincias más pobladas del estado de Oceanía».

Intentó pensar en su infancia para recordar si Londres había sido siempre así. ¿Desde cuándo existían aquellas casas en ruinas, con los muros dañados, las ventanas rotas y el interior de las habitaciones al descubierto? Espacios vacíos donde las bombas habían estallado algún día, y el polvo seguía flotando en el aire. Pero era inútil, no podía recordar.

A un kilómetro de distancia se alzaba el Ministerio de la Verdad, llamado Miniver en neolengua⁴, la lengua oficial de Oceanía. Allí era donde trabajaba Winston: una gigantesca estructura blanca de unos trescientos metros de altura, que destacaba como una pirámide sobre el resto de edificios, sucios y deteriorados.

Desde donde Winston se encontraba podían leerse, sobre la fachada blanca, las tres consignas del Partido:

LA GUERRA ES LA PAZ
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Se decía que el Ministerio de la Verdad tenía tres mil habitaciones sobre el nivel del suelo y otras tantas bajo tierra. En Londres solo había otros tres edificios del mismo aspecto y tamaño

⁴ *Newspeak* en el original inglés. Término en neolengua.

que, en contraste con la arquitectura en decadencia de los alrededores, podían verse desde cualquier lugar de la ciudad.

El Ministerio de la Verdad se ocupaba de las noticias, la educación, los espectáculos y las bellas artes. El Ministerio de la Paz velaba por los asuntos de la guerra, que nunca se detenía. El Ministerio del Amor se encargaba de mantener la ley y el orden. Y el Ministerio de la Abundancia se dedicaba a los asuntos económicos. Sus nombres en neolengua eran Miniver, Minipax, Minimor y Minindantia.

En particular, el Ministerio del Amor tenía un aspecto imponente. Carecía de ventanas y era imposible entrar en él, a no ser por un asunto oficial. De hecho, Winston nunca lo había visitado. Las calles circundantes estaban protegidas por alambre espinoso y vigiladas por guardias armados y uniformados.

Winston se volvió y cruzó la habitación. Su rostro había adquirido la expresión de tranquilo optimismo que convenía mostrar ante la telepantalla.

En el cuarto había un mínimo espacio, justo a la izquierda de la pantalla, donde quizá en otro tiempo habían existido unos estantes para libros. Winston había instalado una pequeña mesa. Si se sentaba hacia atrás todo lo posible en aquel hueco, quedaba fuera del alcance visual de la telepantalla.

Se acomodó allí y extrajo del cajón de la pequeña mesa una pluma y un grueso y viejo libro con las páginas en blanco. Winston había adquirido aquel libro en una tienda de compraventa, en un barrio miserable de la ciudad. Los miembros del Partido no podían entrar en tiendas como aquella, pero la prohibición no se acababa rigurosamente, porque había objetos, como las cuchillas de afeitar, que no podían adquirirse en otro lugar.

Se proponía empezar un diario personal. Esto no se consideraba ilegal. En realidad, nada era ilegal, ya que no existían



leyes concretas. Pero, si la Policía del Pensamiento lo encontraba, sería condenado a muerte o a la cárcel durante un tiempo no inferior a veinticinco años.

Winston cogió la pluma y dudó unos instantes. Con una letra pequeña y torpe, escribió: «4 de abril de 1984».

Se recostó en la silla, desconcertado. Para empezar, no sabía con certeza si aquel era, de verdad, el año 1984. Ni siquiera estaba seguro de la fecha de su cumpleaños.

¿Y para quién, se preguntó, iba a escribir aquel diario? Para el futuro, para quienes aún no habían nacido, quizá. ¿Y cómo iba a comunicarse con el futuro? Eso era imposible. Si la vida en el futuro se parecía a la del presente, nadie le creería ni querría leerlo. Y, si era diferente, nadie le haría caso, y sus problemas carcerían de sentido.

Durante algún tiempo permaneció quieto, mirando el libro estupidamente, como si ignorara para qué lo tenía.

Solo tenía que trasladar al papel el interminable monólogo que se repetía en su cabeza desde hacía muchos años. Pero, ahora que había reunido el valor necesario para hacerlo, había olvidado qué decir.

Entonces recordó lo que le sucedió aquella misma mañana en el Ministerio de la Verdad, y comprendió que aquel fue el detonante que le había impulsado a volver a casa durante la hora del almuerzo y empezar el diario.

Ocurrió durante los Dos Minutos de Odio, con todos los trabajadores reunidos en el vestíbulo, ante la telepantalla, a las once de la mañana, como cada día. Winston acababa de sentarse en su sitio, en el centro de una fila de sillas.

Detrás de él se sentó una muchacha a la que había visto en el ministerio, pero con quien nunca había hablado. Era una joven de aspecto saludable y aire decidido, de unos veintisiete años, con el cabello negro y espeso. Llevaba un ancho cinturón rojo en torno a la cintura, lo que la identificaba como miembro de la Liga Antisexo, organización partidaria de la castidad.

Winston detestaba a casi todas las mujeres, en particular si eran jóvenes y bonitas, porque en su opinión solían ser las más fanáticas del Partido y las que más tendían a fijarse en las peculiaridades de los demás. Muchas incluso podían ser deladoras o espías.

Pero esta muchacha le parecía más peligrosa que la mayoría. Una vez, al cruzarse en un pasillo, ella le dirigió una mirada amenazante. Incluso se le había ocurrido que podía ser una agente de la Policía del Pensamiento. Aunque eso no era muy probable, él seguía sintiéndose intranquilo al respecto.

Un hombre con un mono negro, como el que vestían los miembros del Partido Interior, un grupo selecto y reducido que ocupaba los cargos más importantes, tomó asiento en la misma fila que Winston. Al verlo, todos enmudecieron por unos instantes. Winston sabía que se llamaba O'Brien. Era un hombre corpulento con un cuello ancho y un rostro grueso, que sin embargo parecía rebosante de buen humor.

Winston había visto pocas veces a O'Brien, pero había algo en su expresión que le parecía interesante. Intuía que, contrariamente a lo que cabía esperar de alguien de su cargo, se oponía a las ideas del Partido. Quizá era solo una ilusión.

Al momento se oyó un espantoso chirrido, como el de una máquina sin engrasar, que procedía de la gran telepantalla colocada al fondo del vestíbulo. Habían empezado los Dos Minutos

de Odio. En la pantalla apareció Emmanuel Goldstein, el Enemigo del Pueblo⁵, un rostro delgado con gafas, pelo blanco rizado y barba de chivo. El público empezó a silbarle con fuerza.

Goldstein fue una de las figuras principales del Partido, casi tan importante como el Gran Hermano. Luego se dedicó a actividades contrarrevolucionarias, fue condenado a muerte y se escapó misteriosamente de la cárcel. Nadie había vuelto a saber de él. Incluso podía estar muerto o no haber existido nunca.

Los programas de los Dos Minutos de Odio variaban cada día, pero en todos ellos Goldstein era el protagonista. Se le consideraba el traidor por excelencia. Todos los crímenes que se cometían contra el Partido se atribuían a su inspiración o a sus enseñanzas. Era como si, en cierto modo, nunca dejara de conspirar. Se rumoreaba que estaba oculto en algún lugar de la propia Oceanía y que era el jefe supremo de una inmensa organización subversiva, la Hermandad, que actuaba en la sombra para destruir al Partido.

También se le acusaba de trabajar para Eurasia, el enemigo de Oceanía. Los grandes estados en los que el mundo estaba dividido, Oceanía, Esteasia y Eurasia, estaban siempre en guerra entre sí. En la actualidad, Oceanía estaba en guerra con Eurasia, pero en cualquier momento Esteasia podía convertirse en el enemigo.

Otro rumor que corría sobre Goldstein era que había escrito un libro en el que atacaba al Partido, y que simplemente era conocido como «el libro». Pero todos sabían que no convenía mencionar a la Hermandad ni al Libro.

⁵ Personaje inspirado en Lev Trotski, político y revolucionario ruso, que se enfrentó a Iósif Stalin, liderando la oposición de izquierdas en la Unión Soviética. Tuvo que exiliarse y fue asesinado en México por orden de su rival. Ver introducción.

Al llegar al segundo Minuto de Odio, media audiencia saltó en sus asientos y gritó enfurecida hacia la pantalla. La simple imagen de Goldstein provocaba miedo y enojo. Pero lo peor era ver a los ejércitos de Eurasia marchando tras él en formación. La joven morena sentada detrás de Winston había empezado a gritar: «¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!». De pronto, cogió un pesado diccionario de neolengua y lo arrojó a la pantalla.

Winston descubrió que estaba gritando con los demás. Lo horrible de los Dos Minutos de Odio era que resultaba imposible no sentirse implicado.

Por un instante, el odio de Winston no se dirigió contra Goldstein, único protector de la verdad y la cordura en un mundo lleno de mentiras, sino contra el propio Gran Hermano, el Partido y la Policía del Pensamiento. Pero, al momento siguiente, su odio contra el Gran Hermano se transformó en adoración, y Goldstein se alzó en la pantalla como un siniestro brujo, capaz de acabar con la civilización entera.

El odio llegó a su apogeo. La voz de Goldstein se convirtió en un auténtico balido, y su rostro, que cada vez se asemejaba más al de una oveja, se transformó en la cara de un soldado de Eurasia, que parecía avanzar, enorme y terrible, sobre los espectadores, y disparaba sobre ellos con su fusil ametrallador, con tal realismo y estruendo que muchos de los presentes se echaron hacia atrás en sus asientos.

Pero, un segundo después, la figura amenazante se desvaneció y en su lugar surgió el rostro del Gran Hermano, con su pelo negro y su ancho bigote, un rostro rebotante de poder y de misteriosa calma. Todos suspiraron de alivio. En la pantalla aparecieron las tres consignas del Partido, anunciando el fin de los Dos Minutos de Odio:

LA GUERRA ES LA PAZ
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Un canto rítmico y profundo nació en las gargantas de los presentes.

«¡G-H!, ¡G-H!, ¡G-H!», repitieron una y otra vez, dejando una gran pausa entre la ge y la hache. Era un himno a la sabiduría y majestad del Gran Hermano y también, quizá, un ritual de autohipnosis. Winston sintió como si se le enfriasen las entrañas. Durante los Dos Minutos de Odio nunca podía evitar que la emoción colectiva le arrastrase, pero aquel canto in-frahumano siempre le horrorizaba.

Por supuesto, como de costumbre, fingió comportarse como los demás. Y fue precisamente en esos instantes cuando ocurrió aquello que le había parecido tan significativo, si es que de veras había ocurrido.

O'Brien se había levantado. Durante una fracción de segundo, sus ojos se encontraron con los de Winston, y este supo —sí, lo supo— que O'Brien pensaba lo mismo que él. «Sé en qué estás pensando —parecía estar diciéndole—. Conozco tu asco, tu disgusto, tu odio al Partido. Pero no te preocupes. ¡Estoy contigo!».

Aquel sentimiento de comprensión mutua se difuminó, y la expresión de O'Brien volvió a ser tan inescrutable como la de los demás.

En realidad no había cambiado nada. Pero en aquel momento Winston sintió que podía haber otros, como él, que eran enemigos del Partido. Quizá, después de todo, fuesen ciertos los rumores acerca de una organización secreta. Quizá la Hermandad existía de veras.

Winston descubrió que, mientras recordaba, su mano seguía escribiendo de manera automática. Y ya no era la torpe caligrafía del principio. Su pluma se había deslizado con facilidad sobre el suave papel, repitiendo en grandes y claras mayúsculas, hasta llenar media página:

ABAJO EL GRAN HERMANO
ABAJO EL GRAN HERMANO
ABAJO EL GRAN HERMANO

No pudo evitar un escalofrío de pánico. Por un instante, estuvo tentado de romper la página escrita. Pero no lo hizo, porque sabía que era inútil. El hecho de escribir o no escribir *ABAJO EL GRAN HERMANO* era indiferente. Seguir con el diario personal o renunciar a escribirlo venía a ser lo mismo. La Policía del Pensamiento lo averiguaría igualmente.

Winston había cometido el crimen esencial que contenía en sí todos los demás. El crimental, lo llamaban en la neolengua. El crimental podía ocultarse durante años, pero antes o después lo descubrían a uno.

Las detenciones ocurrían invariablemente por la noche. Uno se despertaba sobresaltado, porque una mano le sacudía el hombro, una linterna le enfocaba los ojos y un círculo de rostros sombríos se arremolinaba en torno a su cama. No había juicio ni informe de la detención. La gente desaparecía sencillamente, y todo indicio de su existencia se destruía. Habían sido vaporizados, se decía.

De repente, llamaron a la puerta. ¿Tan pronto?

Winston permaneció sentado inmóvil, como un ratón asustado, con la tonta esperanza de que quien fuese se marcharía. Pero no, la llamada se repitió. El corazón le latía como un tambor, pero su rostro, a fuerza de la costumbre, resultaba inexpresivo.

Se levantó y se dirigió despacio hacia la puerta.



1984, en un Londres futuro, capital de un megareino llamado Oceanía donde gobierna un partido único, acaudillado por el omnipresente y vigilante Gran Hermano. La civilización ha sido devastada por una Tercera Guerra Mundial en la que se han usado armas nucleares. Se han producido conflictos civiles y una revolución, tras la que el Partido tomó el poder. Desde entonces manipula a los ciudadanos y la historia a su antojo. Winston Smith, funcionario del Ministerio de la Verdad, reescribe el pasado según las consignas establecidas, pero siente crecer en él unos deseos de rebelión contra el asfixiante Estado.

Una adaptación del clásico de la literatura distópica en la que se mantienen el estilo y el mensaje que quiso transmitirnos George Orwell.

